

Discurso del doctor Agustín Nieto Caballero,

Rector de la Universidad Nacional.

Excelentísimo señor Presidente de la República, señor Ministro de Educación, señores miembros del Consejo directivo y del Consejo académico de la Universidad, señoras, señores:

Las nobles y luminosas palabras que acaba de pronunciar el señor Presidente de la República, ponen una vez más en evidencia aquel interés primordial que prestan él y su gobierno al desarrollo y engrandecimiento de la cultura patria.

Con gran solemnidad se iniciaban y clausuraban las tareas universitarias hace sesenta años. El jefe del Estado presidía siempre tales sesiones y estimulaba con el prestigio de su palabra a la ansiosa juventud consagrada en torno suyo. Suprimida la rectoría de la Universidad perdióse esa tradición, que hoy reanudamos tras una pausa de más de medio siglo.

Honda trasmutación de valores se ha efectuado desde entonces. El mundo ha marchado a un ritmo de aceleración no sospechado, y las ideas surgidas en el viejo continente no hacen ya la marcha lenta de aquellos tiempos que tan distantes nos parecen ahora. Las ideas cruzan hoy los mares, atraviesan el espacio, con la velocidad de la luz, y llegan hasta nosotros con el calor del choque que las ha producido.

La humanidad de allende el mar vive en el presente una hora de incertidumbre y de zozobra. Las generaciones nuevas se hallan en un mundo de transición, y perplejas ante el espectáculo caótico vacilan entre la violencia que destruye y el escepticismo que lleva a la inmovilidad. Juventudes trágicamente belicosas o desencantadas son la dolorosa resultante de los pueblos convulsionados por el demonio de la guerra....

Contrastando con aquella situación conflictiva, nuestro país predica y vive la paz. Ante el pensamiento sacrílego de que Dios va a la cabeza de los ejércitos devastadores, ante el impío postulado de que a mayor fuerza mortífera mayor apoyo divino corresponde, se acrecienta en nosotros la idea y el sentimiento de un Dios que no comanda ejércitos, de un Dios bueno y justo que bendice la paz en hogares y pueblos.

Es esta fe, es este armónico estado de nuestro espíritu, lo que nos

permite reunirnos esta noche aquí para hablar, no de nuestra potencialidad guerrera sino de los prospectos de nuestra cultura.

Era costumbre en las sesiones solemnes de la Universidad escoger un tema filosófico o literario para tejer sobre él algún motivo de meditación profunda. Había entonces el reposo suficiente para lograr a cabalidad tan grato esparcimiento. Los hombres de la generación actual, a quienes se nos encomienda una responsabilidad directora, no encontramos ya la manera de disponer de aquel divino ocio constructivo que tan bellas páginas legó a la posteridad. Vivimos afanosamente los hombres de esta época. Espoleados por las horas que pasan, sentimos cada día que para rendir a cabalidad la jornada de acción que corresponde a nuestras responsabilidades, necesitaríamos del sol nórdico de la media noche y de una nueva constitución biológica. Los tiempos de la linterna mágica, que hizo las delicias de las tranquilas veladas hogareñas de hace medio siglo, han sido reemplazados por la éra vertiginosa de la cinematografía.

Urgido y angustiado, en un corto paréntesis de horas, de espaldas al paisaje que reclama la contemplación y el reposo, pensé que mi primordial tarea en esta noche era el decirnos cómo veo y siento, en mi función de rector, la Universidad de hoy.

Vengo, pues, a hablaros de nuestra Universidad en los términos sencillos, despojados de galas oratorias, que reclama la urgencia del momento. Mas para no hacer demasiado agudo el contraste entre lo de hoy y lo de ayer, me ocurre aludir primeramente a los lejanos orígenes de la Universidad.

Desde la antigüedad clásica hubo profesorado de enseñanza superior.

Pitágoras, sentado en su trono de maestro, con la apostura de una deidad metafísica, envuelto en lujosas vestiduras, cubierta la cabeza con guirnaldas de oro, hierático e intocable, es ya, seis siglos antes de Cristo, el prototipo del profesor universitario que en el largo transcurso de dos mil seiscientos años, haría su aparición en todas las latitudes. Los discípulos del gran matemático no tenían derecho de interrumpir al maestro en ningún momento de su peroración. Memorizaban en silencio. La cátedra era simplemente un auditorio.

Sócrates, cien años más tarde, es también un profesor de alta enseñanza, mas lo separa y diferencia de su antecesor el hondo espíritu democrático que él encarna con el apostolado de su vida y el sacrificio de su muerte. No fundó cátedra como Platón o Aristóteles, mas nadie conoció en la antigüedad una mayor influencia que la suya. Iba por las calles, envuelto en una vieja capa y con los pies descalzos, y acostumbraba trabar conversación con el primer transeúnte que encontrara, así fuera un miserable o un aristócrata. De esta original manera consiguió sus discípulos. Su método era fingir que lo ignoraba todo. Interrogaba constantemente. Si en las respuestas notaba arrogancia, complaciase en llevar al absurdo a quien así le respondía. Usaba del sarcasmo, de la fina ironía,

hasta lograr siempre, por medio de preguntas, acosar en el ridículo a su impertinente contendor. De esta manera se burló, uno a uno, de todos los sofistas de Atenas. Si por el contrario tropezaba con gentes humildes o con aquellos que realmente anhelaban saber, entonces, sin cambiar de método, haciéndoles preguntas, les llevaba por medio de sugerencias a encontrar la verdad con el esfuerzo propio, a desarrollar ampliamente la propia personalidad. Lo importante para él era hacer pensar, hacer discurrir, hacer llegar al conocimiento por medio de la reflexión. Pedía que antes de llenar la mente de nociones no entendidas se formara el criterio. Pensaba que sin criterio, sin juicio, no puede haber conocimiento consciente ni acción verdaderamente libre.

Oponiéndose al sistema que toma al alumno como sér pasivo, como sér inerte, en el que se incrustan y estampan conocimientos, el método socrático toma al alumno como sér activo, como sér en continuo desarrollo, que observa, que investiga, en compañía de un amigo a quien da el nombre de maestro.

Thalo —el más ilustre de los siete sabios de Grecia, el fundador de la más antigua escuela de filosofía— había formulado el principio: "Ante todo estudia y conoce tu propio sér". Sócrates empleó su vida entera en hacer que este pensamiento fuera comprendido y usó de toda su ciencia y de toda su ironía para demostrar que sin este conocimiento íntimo de la propia personalidad todo estudio quedará falseado.

Dar lecciones como lo hacía Sócrates, usando del rigor con el poderoso y de la lenidad con el débil, era en extremo peligroso. En torno suyo fué creándose un ambiente hostil. Se llegó hasta el odio que anhela el exterminio. Nadie sin embargo se atrevía a atentar contra la vida del maestro. Tal era el respeto que inspiraba. Finalmente, no sabiendo sus enemigos cómo sellar aquellos labios fulminantes, inmisericordes, se le acusó ante la ley. La acusación era tremenda: menosprecio por los dioses de la República y corrupción de la juventud. Lycias, el más grande orador de aquellos tiempos, vino a ofrecérsele para la defensa. El filósofo rehusó. Condenado a beber la cicuta, tenía el privilegio de pedir una sustitución a este castigo. Pidió entonces a sus jueces, con desafiante ironía, que lo honraran llevándolo al Pritaneo por ser éste el más alto honor que podía conferir la República. En la prisión se le facilitó el medio de huir. Se negó a ello sin vacilación. Comprendió la oportunidad y la grandeza de su muerte. Entendió lúcidamente que su misión se había cumplido, y que su martirio, lejos de apagar su influencia, presentaría ante el mundo de manera inolvidable sus doctrinas y realizaría como un ejemplo su figura de apóstol. Rodeado de sus discípulos, que lloraban su partida, sonrió por última vez al decirles que su muerte era, en esa hora, tan conveniente, por lo menos, como su propia vida, y apuró la copa del veneno con el mismo amable gesto con que hiciera un brindis. Su muerte fué su última y su mejor lección.

Si me he demorado en estas consideraciones es por estimar que el

caso y las doctrinas de Sócrates, tan distantes en el tiempo, están hoy muy cerca de nosotros como símbolo y como ejemplo. El egregio filósofo griego es el varonil maestro de la democracia, y sus sistemas son la propia medula de todo lo que entendemos por modernidad en la enseñanza.

La historia no coloca sin embargo a los precursores de la Universidad sino diez y siete siglos después de la muerte de aquel maestro, grande entre los grandes.

Son ya los tiempos de comienzos del siglo XII en que Abelardo, auténtico inspirador de las universidades de la Edad Media, y mago arrogante de la elocuencia y de la sabiduría, la inteligencia más brillante de su tiempo, congregaba en el monte de Santa Genoveva de París y en el Parcleto de Troya hasta cinco mil discípulos que acampaban al raso, días tras días, para no perder una sola de las lecciones del maestro. Singular prestigio el de esta egregia personalidad que en su cátedra de teología pudo ver en el número de sus alumnos al propio Santo Padre, a veinte cardenales y a cincuenta obispos. Hase comparado el Monte de Santa Genoveva a un nuevo Sinaí desde donde descendía la palabra del taumaturgo sobre los habitantes de París, y el Parcleto a una nueva Tebaida que atraía gentes de todos los rincones del mundo conocido entonces.

Poco después de la agitación espiritual causada por Abelardo y por su contendor Guillermo de Champeaux, aparecían los Studium—las universidades—de París y de Bolonia, y fueron haciéndose presentes las célebres instituciones que han resistido el embate de los siglos: Oxford, Cambridge, Salamanca, Coimbra, Leyden, Heideberg, Leipzig, Praga, Cracovia.

Vuela al Nuevo Mundo la semilla viva, y de ella brota en las tierras vírgenes de las Américas la flor y el fruto de la libertad.

La revolución francesa, que había suprimido las universidades por la hostilidad que en ellas se manifestaba contra los filósofos del siglo XVIII, abogaría por un nuevo tipo de Instituto Universitario, con estrecha interdependencia entre todas las ramas del conocimiento, sin lograr por otra parte convertir la idea renovadora en realidad.

Comprendería a las universidades americanas la plenitud de este magnífico triunfo.

Hacia 1806 Napoleón crea la Universidad Imperial, fuerza espiritual totalitaria en las manos inflexibles del dictador. Todo el presupuesto de la instrucción pública pasa así a la Universidad y la completa dirección de la enseñanza queda bajo su mando. Para calar más hondo en la conciencia del pueblo se estatuye que el juramento del rector —“gran maître” de la Universidad— se haga en la capilla imperial ante el propio emperador con las mismas formalidades usadas para el juramento de los arzobispos.

En 1808 reglamenta Napoleón esta efímera Universidad del Imperio y así reza el preámbulo del famoso decreto:

“Napoleón, por la gracia de Dios y de la Constitución, Emperador

de los franceses, Rey de Italia y protector de la Confederación del Rhin....”

Distancia sideral en lo político la que establecen estos ciento treinta años de acontecimientos históricos.

Los creadores de nuestra nacionalidad seguían de cerca el movimiento de las ideas que por aquel entonces hacían camino en Europa. No eran simples guerrilleros sino caudillos letrados que no pensaban únicamente en el triunfo de las armas. Se desvelaban también en reflexiones sobre la organización de la victoria en beneficio de la cultura patria, hacían alto muchas veces en la trocha para dialogar sobre el libro que en la noche habían leído y meditado. No de otra manera se explica la admirable información cultural que poseían al término de la contienda, información que vino a permitirles desarrollar ideas universitarias que apenas estaban en embrión en su lugar de origen.

Bien está que recordemos en todo tiempo a los egregios fundadores del Rosario y de San Bartolomé, hogares espirituales de aquella generación incomparable de nuestra independencia. A estos hogares nuestra cultura les deberá siempre una evocación conmovida. Fueron aquellos intrépidos guerreros quienes en los albores de nuestro siglo sentaron los principios de esa amplia cultura secundaria universitaria que sirve aún de basamento a todas nuestras instituciones educativas.

Yo quisiera hacer en este día una evocación especial del general Santander, el más insigne de los creadores de nuestra cultura patria. Su nombre quedó vinculado, de uno al otro extremo del país, a instituciones docentes que aún perduran, y la sombra de su espíritu civilista —sombra protectora— se proyecta a lo largo de un siglo de nuestra historia. Somos santanderistas, sepámoslo o no, cuantos sentimos arraigado en lo más hondo de nuestra entraña el espíritu cívico colombiano y el amor a la escuela que redime de la más oprobiosa de las esclavitudes, de la esclavitud de la ignorancia.

Emocionada evocación merecen asimismo en este día los forjadores de la Universidad Nacional surgida ya con este nombre en el año de 1867, cuando el Presidente Acosta, queriendo contrarrestar los excesos de la federación, funda este gran centro de cultura superior. Sólo quince años de vida alcanza esta institución bajo la dirección de expertísimos rectores. En 1881 ya el rectorado de la Universidad no existe, mas queda entonces para gloria de la institución aquel consejo académico cuya nómina es grato recordar ahora. Son nueve nombres patricios: Santiago Pérez, Manuel Ancizar, Salvador Camacho, Antonio Vargas Vega, Manuel Plata Azuero, José Ignacio Escobar, Narciso González Lineros, José Manuel Marroquín, Rufino J. Cuervo y Tomás Herrán, quien actuaba como secretario.

Cincuenta y cinco años más tarde reaparece la rectoría de la Universidad. La ley orgánica que sanciona el 7 de diciembre de 1935 el Presidente López a quien la Universidad deberá siempre respetuosa gratitud,

hace irrupción en las calmadas aguas de los medios universitarios con un arrogante sentido de modernidad.

Hémos aquí reunidos al calor de esta restauración cultural.

La nueva Universidad junta en un solo haz de trabajadores a todas las facultades y escuelas de enseñanza superior, y engloba institutos de investigación y organismos docentes cuya misión artística o social hace parte integrante de la cultura nacional.

Nuestra aspiración sería ver, convertida la Universidad en la casa del espíritu colombiano, en el hogar de la cultura patria, en la escuela de la ciudadanía. Quisiéramos que la Universidad no fuera solamente la fábrica de profesionales más o menos expertos sino también un laboratorio de investigación cuyas luces estuvieran permanentemente encendidas, y un refugio seguro para la juventud estudiosa de toda la nación. Quisiéramos ver a esa juventud al margen de las miserias materiales y morales, apartada de las luchas electorales de los partidos, inflamada sólo por el amor al estudio y la alegría de vivir, en un ambiente de orden, de trabajo, de mutuo respeto, de pulcritud y de caballerosidad; en un ambiente depurado y noble. El desgreño, la inútil vocinglería, el relajamiento moral puestos en fuga. Una Universidad que sea enciclopedia viva de conocimientos, y síntesis a la vez de los anhelos espirituales de la nación, respetuosa de la tradición e inspirada a la vez en la realidad palpitante del momento. Una Universidad con mente hospitalaria para las ideas de hoy de ayer, para las que brotan de la entraña de la propia tierra o para las que vienen de los confines de todo el horizonte humano. Una Universidad que sea como la conciencia esférica de la patria, que abarque el paisaje geográfico y el paisaje espiritual, los problemas de la tierra y el hombre, el pretérito y el futuro de la nacionalidad. Una Universidad que no sea el auditorio sino el laboratorio de la juventud, que no olvide las lecciones del pasado, pero que viva en presente de indicativo y anuncie por su espíritu y trabajo tiempos mejores. Una Universidad que no sólo acoja alborozadamente a quienes lleguen a ella sino que vaya fuera en busca de discípulos, que se acerca al pueblo para llevarle las luces de la ciencia y para poder recibir al mismo tiempo las lecciones que el pueblo sabe dar.

Desde el empinado mirador de la rectoría de la Universidad Nacional contempla el hombre que accidentalmente ha subido allí todo el vasto panorama de la patria. Dilatadas costas sobre los dos océanos, cuyas aguas bañan los cinco continentes, lo que significa el paso franco hacia todos los confines. La gran cordillera andina que al penetrar en nuestro territorio estalla como un juego de luces en su camino hacia el norte y al partirse en tres grandes ramales hace triple la extensión de las regiones más hospitalarias para la planta humana, enriquece en zonas de cultivos varios, el territorio que recorre, centuplica la potencia de las aguas que se desploman de todas las alturas para convertirse en fuerza, calor y luz, y pone a flor de tierra de uno a otro extremo de tan vasta comarca valio-

sas riquezas mineras. Caudalosos ríos que son caminos que andan en busca de la unidad nacional, o que van al encuentro de la armonía con nuestros vecinos. Y un pueblo de índole hecha para las labores de la paz. Y una vasta tarea por cumplir.

Hé aquí, indicada por este mismo panorama, nuestra misión universitaria: formar hombres capacitados, hombres a la altura de la faena que han de realizar, hombres animosos, sanos de espíritu y de cuerpo, preparados en lo técnico y con voluntad y espíritu generoso para llevar a buen fin las arduas empresas que solicitarán los empeños nacionales.

Gran nación la nuestra. Sí, gran nación y perspectivas halagadoras las que ella ofrece a los hombres de coraje, pero hondos y complejos y graves problemas también los que hemos de resolver colectivamente si queremos asegurar el pacífico y próspero trabajo individual.

Sin preparación adecuada no seremos nosotros quienes demos cuenta de nuestras propias riquezas. Con hombres a la altura de la vasta tarea que reclama en todos los campos la nación, haremos de Colombia la patria prometedora a que tenemos derecho por sentimiento y razón. Sin esos hombres apenas podríamos ser en el porvenir un país de leyenda. Existió una vez, se diría entonces, un país que ocultaba fabulosos tesoros. Desconocedores sus habitantes de cuanto su ignorancia o su incuria les ocultaba, pasaban el tiempo en disputas baladies... Gentes avisadas llegaron un día y, cautelosamente, empezaron a horadar la tierra con máquinas extrañas. Entretanto los nativos seguían disputando.... Y llegó una hora en que en aquellos terrenos, emporio de riquezas antes, sólo quedaron amontonamientos de detritus y troneras informes. El pueblo atónito cayó en la cuenta entonces de que mientras sus riquezas eran aprovechadas por los extraños, los nativos sólo habían logrado hacerse hábiles en el arte de la discusión.

No por hacer honor a nuestra tradición de república letrada con un estado mayor de intelectuales puros, que está bien que sigamos produciendo en discreta proporción, hemos de olvidar la urgencia que tenemos de formar los cuadros de un ejército de trabajadores capacitados para labores, si menos excelsas, más en consonancia con nuestras necesidades del momento. Facultades de agronomía, institutos de oficios y artes, escuelas industriales en la proporción de ciento por uno con las facultades de abogados.

Entendemos la Universidad no como el privilegio de una minoría selecta sino como la fuerza propulsora de una gran corriente de cultura y progreso nacionales. Cuando oímos hablar de un gobierno manejado por el pueblo la expresión no nos seduce sino en cuanto ella significa elevar la cultura popular hasta la altura y preparación de las más severas responsabilidades. Ya Croisset dijo que la educación del pueblo en una democracia asume la importancia que tiene la educación del príncipe en una monarquía.

Para realizar nuestro vasto propósito urge ante todo crear un am-

biente propicio al estudio y al trabajo, un ambiente en el que sea posible transformar la pereza mental en la animosa búsqueda del conocimiento, en donde pueda educarse dentro del esfuerzo consciente para el esfuerzo creador. Un ambiente en el que no importe únicamente el prestigio intelectual sino en el que tenga un alto precio también la dignidad de la vida privada. Un ambiente en donde se ejerza de por sí, sin intervención policiva, una tutela moral y espiritual sobre los estudiantes.

Todo esto tendrá un maravilloso sentido de armonía cuando la Ciudad Universitaria sea el hogar apropiado de este espíritu tan rico en realizaciones y promesas. Allí las 25 dependencias de la Universidad mostrarán a lo vivo la íntima interdependencia de todos los instrumentos de trabajo y elementos de cultura de la actividad humana. Allí se hará el enlace, se establecerá la solidaridad entre las más diversas ramas de la enseñanza. La esplendorosa realidad de naciones más avanzadas será también una realidad para nosotros, asentada con firmeza en medio de los campos soleados en donde febrilmente se trabaja ahora en la construcción de esta casa del espíritu colombiano... Al lado, y entremezcladas con las facultades donde se forman los abogados, los ingenieros, los médicos, los arquitectos, los farmacéuticos los odontólogos, los veterinarios y los agrónomos, se levantarán los institutos de alta investigación científica —el de botánica, el de química, el de física— y escuelas de tan diversa índole como la industrial para la preparación de obreros calificados y la de enfermeras hospitalarias y sociales. Allí estarán también las bibliotecas de todas las especialidades, la escuela de bellas artes, el conservatorio de música, los museos de historia y de ciencias naturales. Todo el patrimonio espiritual que la ley orgánica de la universidad entregó a la institución encontrará en aquella ciudad su alojamiento adecuado.

Entretanto, las hoy dispersas facultades se preparan espiritualmente a su nueva tarea de mutua colaboración, y nuestros institutos de investigación comienzan a prestar una función social de trascendencia: análisis de resistencia de materiales en el Instituto de Ensayos y Medidas Normales de la Facultad de Ingeniería; preparación de sueros y vacunas en la Escuela de Medicina —veterinaria—; indagaciones de parasitología en los laboratorios... Y vendrá ahora el estudio más a fondo del hombre colombiano, a través de todas las vicisitudes de su historia etnológica, política y social. Y el detenido análisis de las riquezas de la nación, con las técnicas de su aprovechamiento. Saber utilizar las riquezas que tenemos es también saber defenderlas. Conscientes de que no sólo las leyes y las armas sirven para la defensa, prepararemos una generación conocedora de la herencia que recibe, y experta en su manejo.

La Ciudad Universitaria, conviene insistir sobre ello, no es un invento nuestro. Ciudades Universitarias son en cierta manera todas las viejas universidades, y en el sentido moderno que nosotros queremos darle, lo son la inmensa mayoría de las universidades del norte del continente

americano. Es el hogar contrapuesto al aula. Es el medio donde se forma la conciencia social del estudiante. Este seguirá allí, como sigue ahora, los estudios de su especialización, mas estará sumido ya en un clima en donde todo será estímulo para el más amplio desarrollo de su personalidad. Cultura literaria y artística, ejercicios físicos, atmósfera limpia de gérmenes deletéreos en lo físico y en lo moral.

Las residencias de estudiantes que ya comienzan a levantarse en los campos de la Ciudad Universitaria, van a transformar por sí solas el ambiente estudiantil. Ya no será la mísera casa de huéspedes sin higiene y alegría, ni el café de barrio saturado de humo y de vulgaridad, ya no serán los fríos corredores del Capitolio, los sitios en donde transcurrirán las horas de estudio y esparcimiento de los estudiantes. Ahora tendrán ellos su casa. Tendrán habitación pulcra y alegre, biblioteca y club, condiciones propicias, lo mismo para el trabajo que para la distracción y el reposo.

Y allí se hará patria, patria grande y armónica, porque la juventud de toda la nación vendrá a ese sitio en donde se forjarán ideales afines, y regresará luego por diversos caminos a todos los sectores del país, llevando en espíritu y corazón la idea y el sentimiento de esta armonía ciudadana que les dió la amada y amable casa común. El archipiélago que hoy formamos será así la tierra compacta y firme del porvenir. La conciencia plena de nuestra fisonomía nacional no será ya meramente una aspiración. Entonces comprenderemos cómo una Universidad puede llegar a ser el Alma Mater de toda una nación.

Mientras se terminan las edificaciones de la Ciudad Universitaria vamos creando lentamente todos los servicios que allí han de alcanzar pleno desarrollo. El primero ha sido el de la asistencia social del estudiantado que atenderá a la defensa de su salud y bienestar. Esta oficina comenzará mañana mismo a levantar la ficha médica y social de todos los alumnos que se han matriculado en las distintas dependencias de la Universidad, y recogerá asimismo la documentación conducente a la adjudicación de becas y auxilios para que estas facilidades y estímulos sean prerrogativa de aquellos que reúnen mejores merecimientos.

Un mismo reglamento y unas mismas normas generales para todas las facultades y escuelas están ya al estudio del Consejo directivo, y puntos tan trascendentales como el de no considerar al examen de fin de año como el único elemento de juicio para juzgar al estudiante, el de la creación de seminarios que serán verdaderos laboratorios de trabajo e investigación personal, el nombramiento de profesores jefes en todas las ramas de materias afines, la dotación de pensiones viaderas para profesores y estudiantes, han sido ya principios acordados igualmente para todas las facultades de la Universidad. Una revisión general de los pécsums de las distintas escuelas, y la elaboración de todos los programas que faltaban ha sido la tarea de vacaciones del Consejo Académico y de buen número de profesores universitarios.

Los deportes anticipan también su actividad en el estadio de la Ciudad Universitaria adonde semanalmente concurrirán por turnos todos los estudiantes. Nuevos laboratorios y gran número de obras científicas están en camino y remozarán pronto los gabinetes de trabajo y las bibliotecas de una y otra facultad.

De ninguna de estas prerrogativas y beneficios dejará de participar la mujer colombiana. Vamos ya reparando el abandono espiritual en que la habíamos dejado. Los claustros de nuestra Universidad se animan ya y adquieren señorío con su presencia.

El mundo ha avanzado. La conciencia del hombre se ha ido iluminando. Ya nadie niega a la mujer los derechos esenciales del sér humano. Aún se discute sin embargo si derechos y prerrogativas han de ser los mismos para hombres y mujeres. Llegará un día en que las generaciones que estudien lo ocurrido en el momento en que vivimos queden perplejas ante el conocimiento de que hubo una época en la historia del mundo en la que se le negó a la mujer la plenitud de los derechos reclamados por el hombre. La negación de Trento apenas si causaría idéntico estupor. Conviene sí aclarar que la adquisición de unos mismos conocimientos y el goce de iguales oportunidades para pensar y actuar no significa identidad de una misma misión.

La mujer será ante todo y por sobre todo mujer. El día en que perdiera su gracia femenina, su sensibilidad delicada, su capacidad para la misericordia y la piedad, su dulzura, y hasta su aparente fragilidad, ese día el mundo habría perdido el más poderoso de sus atractivos. No es preciso evocar al Dante y a Petrarca para poner en evidencia lo que la mujer significa como inspiración. Ni urge volver los ojos a la antigüedad para entender lo que las mujeres que supieron ser compañeras y madres lograron realizar. Basta contemplar nuestra vida cotidiana para comprender que carecería de lo que la enaltece e ilumina mayormente si desendiéramos de ella la vida del hogar.

Nada de esto implica sin embargo cerrar a nuestras compañeras las puertas de la cultura espiritual, porque la inteligencia iluminada no da sombra sino luz al corazón.

Jóvenes universitarios: mis palabras finales serán para vosotros. Ayudad, vosotros mismos, a crear una universidad que vibre, que tenga alma y conciencia, que sea la casa propia amada y respetada por todos. Recordad que vuestra labor no está limitada a pasar un examen, a obtener un grado, a adquirir instrucción para ser profesionales expertos. Tendréis que disciplinar vuestra mente, que daros plena cuenta de todos los problemas que surgen del medio y el tiempo en que actuáis, y habréis de adquirir como un hábito la preocupación del bien común.

Así algún día comprenderéis por qué se ha dicho que una bella vida es un sueño de juventud que se realiza en la edad madura.

Que no se pueda decir de nuestra juventud que careció de ideales, que ignoró lo que significan los grandes intereses espirituales y morales de la vida. Que con razón no se haya de llamaros nunca "pobre juventud", porque la juventud ha de ser siempre rica en vitalidad y en ilusiones, y que la legada a la Universidad signifique para vosotros, ante todo, un íntimo anhelo de elevar la propia vida, de dignificarla, de hacerla eficaz y armoniosa.

Una buena estrella guía nuestra nación. Pensad, jóvenes que me escucháis, en lo que ocurre a la hora presente a la juventud de las naciones de ultramar, y contemplad vuestra propia posición. Allá la incertidumbre y la zozobra, el sobresalto cotidiano, la imposibilidad de trazarse un programa de vida que vaya más lejos de la posible y súbita llamada a las trincheras, la inutilidad de forjarse una ilusión. . . . Acá, todas las posibilidades, todas las rutas abiertas a la juventud estudiosa. Una nación en paz, un gobierno que ofrece la plenitud de garantías a que puede aspirar el sér humano, y esta bendecida libertad de pensar, escribir y decir cuanto se quiera. Siento que de vuestro corazón de muchachos sube a vuestros labios un grito espontáneo y resonante: Bienaventurada la tierra de Colombia!

